

CASTO SUINAGA (Machín).

Confieso que hasta el año pasado Machín era un pelotari muy mediano, y en el que el público tenía muy poca confianza, por su juego azorado, voluble, pifiero, y acaso porque alternando con jugadores de dudosa reputación su nombre se barajaba indistintamente con el de ellos. Pero desde que rompiendo los moldes generales, Machín brilló como estrella de primera magnitud en aquellas famosas tardes de Euskal-Jai, en que consiguió ganar nueve partidos seguidos, luchando contra las mejores parejas, desde entonces el nombre de Casto Suinaga es el nombre del pelotari sobresaliente y del hombre honrado.

Por desgracia, durante el verano, resentido del brazo una tarde que jugó en Bilbao, ha estado olvidado de todos, lamentando su desventura en el pintoresco pueblo de Vizcaya que le vió nacer.

Después que se jugó el para él infortunado partido, las lágrimas inundaron sus ojos, y en sentidas frases de amargura dolióse de haber defraudado las esperanzas de los bilbaínos, que tanto esperaban de su reputación, tan repentinamente adquirida.

Lo que yo siento, decía el, no es el dolor del brazo, que desde los primeros tantos me ha impedido entrar bien de bolea; lo que me apena es que aquí en mi país, en Bilbao, haya hecho un papel tan desairado.

Mil frases de cariño y consuelo, prodigadas por sus amigos, no bastaron para contener el raudal de lágrimas que brotaban de sus verdosos ojos, y en el camino de Achurí y en la estación, y después en el tren que le había de conducir á Ermúa, daba rienda suelta á su dolor, como un inocente niño á quien el maestro ha pegado en la escuela. Pocos días después, una tarde en que se jugaba un partido en Durango, en que tomaba parte un primo suyo, niño de corta edad, hablándole yo del estado de su brazo, me contestó, fijando en mí su melancólica mirada: «Estoy muy mal, tengo muchos dolores, y Dios quiera que pueda volver á jugar.»

En esta última frase, dicha como él la dijo, y que por galana que fuera mi pluma no podría describir el sentimiento y amargura que en sí encerraba, se manifestaban todas las anhelosas ilusiones de su vida, el ser buen pelotari durante algunos años para alcanzar una posición desahogada á su anciano padre y á sus numerosos hermanos, á quienes quiere con delirio.

Por fortuna «ha podido volver á jugar», y aunque no de una manera brillante como antes, ha dejado satisfechos hasta á los aficionados más exigentes; últimamente, según noticias, parece que otra vez comienza á resentirse algo del brazo, y desgraciadamente, si juega con frecuencia tendrá que sufrir

muchas veces estos contratiempos, pues su constitución enfermiza, la debilidad de su brazo, están reñidas con el juego limpio, abierto y franco de punta, que es su arma poderosa.

.
Humilde como ningún pelotari, Casto nunca ha creído en su propio valer, y muchas veces ha dicho que Irún, Portal, Beloqui, Muchacho, Elícegui, todos los delanteros son muy superiores á él.

Cuando gana un partido fuerte, hace elogios del zaguero, achaca la victoria á la fortuna y nunca ensalza méritos propios; por el contrario, si pierde suya es la culpa toda, el compañero ha hecho lo posible, él ha sido...

Los que conocemos algo los vicios y defectos de los pelotaris, no podemos menos de entonar himnos de alabanza á esta modestia tan grande, que sólo por ella debe ser Machín uno de los jugadores más simpáticos á los ojos del público.

Amigo de los suyos, siempre se muestra espléndido en las ocasiones y caritativo con los necesitados.

Leal en el cumplimiento de su palabra, nunca ha dado qué hacer á ninguna empresa ni á ningún Intendente; en cambio, hay frontón en Madrid donde ha jugado algunos partidos que no ha cobrado, sin duda por la cortedad de su carácter.

Poco amigo de juergas y libaciones, observa una conducta intachable, reservándose siempre para tener todas las condiciones físicas posibles para jugar un partido.

Respetuoso con los periodistas que le juzgan,

creo que cuando le censuran es que lo merece y cuida mucho de fijarse en los defectos en que aquéllos hacen incapié para corregirse inmediatamente.

Hay quien censura en él lo que se ha dado en llamar *sensiblería hipócrita*, sin duda porque muchas veces llora hasta en la cancha; pero los que tal dicen no conocen á Machín, al sencillo muchacho, lleno de entusiasmo é incapaz de fingir lo que no siente su corazón, no comprenden que la doblez é hipocresía son propias de almas avezadas en las luchas de la vida, y no están penetrados de la belleza de alma del pelotari de Ermúa.

Una mañana le encontró cierto amigo mío en la calle de Carretas (andando deprisa, pálido, sin mirar á nadie, atropellando á todo el mundo), y agarrándole por la solapa le detuvo y dijo:

—¿A dónde vas tan deprisa?

—A mandar al padre nada menos que 6.000 pesetas que he ganado estos días.

—Pero, hombre, vete con calma, aguarda...

—¡Ah, 6.0000 pesetas para el padre!—exclamó, y desapareció en dirección á la Central de Correos como un cohete.